

EL CABALLERO
DE LA TRISTE FIGURA
ENSAYO ICONOLÓGICO

«Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta, ni mesón ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero quería yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a éstas.

Tienes razón, Sancho, dijo Don Quijote; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda. que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: lo que saliere: y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *este es gallo*; porque no pensasen que era zorra.»

Del cap. LXXI de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

TAREA es la de pintar a Don Quijote harto más difícil que la de hinchar un perro, y empresa de las más dignas de pintor español. No es de *ilustrar* la obra imperecedera de Cervantes, sino de vestir de carne visible y concreta un espíritu individual y vivo, no mera idea abstracta; empeño nunca tan oportuno como ahora en que anda por esos mundos de Dios revolviéndose y buscando postura el simbolismo pictórico. Tiene éste en España un símbolo que ni pintado, y es

Don Quijote, *símbolo* verdadero y profundo, símbolo en toda la fuerza etimológica y tradicional del vocablo, concreción y resumen vivo de realidades, cuanto más ideales más reales, no mero abstracto engendrado por exclusiones.

Invito al lector a que divaguemos un poco acerca de la expresión pictórica de este símbolo vivo.

Los datos para pintar a Don Quijote hay que ir a buscarlos en la obra de Cide Hamete Benengeli, dentro de ella y fuera de ella también; en la obra de Cide Hamete, por haber éste sido su biógrafo; dentro de ella se descubren honduras que el buen biógrafo no caló siquiera; y fuera de ella, porque fuera de ella vivió y vive el ingenioso hidalgo.

Con escrupuloso cuidado me he entretenido en entresacar de las páginas vivas de *El Ingenioso Hidalgo*, cuantos pasajes se refieren más o menos directamente a los caracteres físicos de Don Quijote.

Helos aquí numerados, advirtiendo que el lector poco paciente puede muy bien pasarlos por alto:

I. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.»

Part. I, cap. I.

II. «Por otro nombre se llama *El caballero de la triste figura*... verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto.»

Part. I, cap. XIX.

III. «... viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente.»

Part. I, cap. XXXVII.

IV. «Tomad, señora, esa mano... No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.»

Part. I, cap. XLIII.

V. «... tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia.»

Part. II, cap. I.

VI. «... es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, los bigotes grandes, negros y caídos.»

Part. II, cap. XIV.

VII. «Admiróle (al caballero del Verde Gabán)... la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro.»

Part. II, cap. XVI.

VIII. «Comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote... Después de ha-

berse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada.»

Part. II, cap. XVII.

IX. «Quedó Don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de gamuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por dentro se besaban la una con la otra, figura que, a no tener cuenta las doncellas que le servían, en disimular la risa, reventaran riendo.»

Part. II, cap. XXXI.

X. «Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaba.»

Part. II, cap. XXXI.

XI. «Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual, sin hablar una palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas; y así, tendió la suya cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, más por todo el rostro, etc.»

Part. II, cap. XXXII.

XII. «Como no tenía estribos (subido en Clavileño), y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida en algún romano triunfo.»

Part. II, cap. XLI.

XIII. «Y si por el señor Don Quijote no somos remediadas con barbas, nos llevarán a la sepultura. Yo me pelaría las mías, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.»

Part. II, cap. XI.

XIV. «Le saltó (uno de los gatos) al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes.»

Part. II, cap. XLVI.

XV. «Así como le vió (Doña Rodríguez) tan alto y tan amarillo.»

Part. II, cap. XLVIII.

XVI. «Vió Roque Guinart a Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza.»

Part. II, cap. XI.

XVII. «Era de ver la figura de Don Quijote: largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero.»

Part. II, cap. LXII.

Con estos diecisiete pasajes a la vista puede ya componer cualquier Orbaneja un Don Quijote para salir del paso. El sexto de ellos, que es la descripción que del hidalgo manchego dió el socarrón del bachiller Carrasco cuando la aventura del caballero del bosque, ha servido de pasaporte clásico para todas las pinturas que de él se han hecho. Y ni aun la tal cédula se ha respetado

siempre, pues a menudo le retratan con bigotes de retorcidas y apuntadas guías y no «caídos».

El más exigente documentista espero haya de darse por contento con tan minuciosa documentación como la de los diecisiete pasajes preinsertos. De seguro no la llevaban más cumplida los cuadrilleros de la Santa Hermandad que habían tomado sus señas para prender a aquel «salteador de caminos», y cuidado si es escrupulosa la justicia oficial en todo esto del documento humano y el realismo de rastro.

Datos hay en los expuestos que a primera vista parecerán impertinentes, como el del pasaje XIV; mas pronto echará de ver por él el discreto lector qué tal debían de andar de tamaño las narices de Don Quijote cuando se las pudo asir un gato con las uñas y los dientes a la vez. No hay hecho insignificante, y bien lo prueba el registro antropométrico recién instalado en la Cárcel Modelo ¹.

¹ En él queda la fórmula analítica del criminal, y con ella se le reconstruye en un momento dado. Sería una lástima que el entusiasmo por la antropometría nos llevara a desdenar aquellos datos *imensurables*, indefinidos, no reductibles a muertas fórmulas analíticas, pero llenos de vigorosa realidad, como son: v. gr., el *aire* y la *producción* de una persona, datos que hace poco se pedía en impresos oficiales dieran acerca de los mozos que habían de entrar en quinta, sus padres o interesados.

Datos también de excepcional interés, aunque no constan en la preinserta documentación, son los de que fuera «opinión» que Don Quijote «muchos años fué enfermo de los riñones» (cap. XVIII, de la segunda parte); a lo que añadido que su color amarillo y sus actos le acreditan de bilioso, y el de que tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos (P. I, cap. XX), porque venteando bien estos rastros podría tal vez un buen sabueso mental poner en claro el temperamento y la idiosincrasia quijotesca. ¡Lástima que no haya emprendido aún algún ducho cervantista la tarea de un estudio fisiológico acerca de Don Quijote! Creo, por mi parte, sin haber ahondado el punto, que debió de ser su temperamento caliente y seco, y que con esto y el «Examen de ingenios» del Dr. Huarte se podría ir muy lejos.

Cide Hamete Benengeli debió de ser biógrafo puntualísimo y documentista de los más nimios, como buen árabe; pero su traductor el bueno de Cervantes, al llegar al pasaje aquel en que Don Quijote llega a la casa de D. Diego Miranda, el caballero del Verde Gabán (cap. XVIII de la segunda parte), nos dice:

«Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero

al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras menudencias en silencio, porque no venía bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.»

La verdad con su fuerza a un lado; a otro las menudencias y frías digresiones, las circunstancias que pintan con tan escribanesca fidelidad en sus *estudios* literarios los documentistas de todos tiempos.

¿Y qué es la verdad? ¿Qué es aquí la verdad y su fuerza?

La verdad es el hecho, pero el hecho total y vivo, el hecho maravilloso de la vida universal, arraigada en misterios. Los hechos ¹, las menudencias, redúcense con el análisis y la anatomía a polvo de hechos, desapareciendo su realidad viva.

La fuerza de la verdad de Don Quijote está en su alma, en su alma castellana y humana, y la verdad de su figura en que refleje esta tal alma. Pero ¿hemos de sacar de su alma su semblante o

¹ Opongo los hechos al hecho, porque son muchas las cosas que en cuanto se pluralizan cambian de naturaleza: así sucede al trabajo con los trabajos.

de su semblante su alma? preguntará alguien, añadiendo que de los rasgos de su fisonomía y caracteres físicos podremos, mediante su temperamento, vislumbrar algo más de la verdad de su alma. A lo cual contesta el mismo Don Quijote al describir (en el capítulo primero de la segunda parte) las facciones de Amadís, Reinaldos y Roldán, que «por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar en buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas».

En buena filosofía! No peor por lo menos que la de querer sacar de las facciones, del color y de la estatura las hazañas que se han cumplido y la condición que se tiene; que si de aquéllas se deducen éstas, de éstas se deducirán aquéllas. Convertibilidad es esta que escapa a los que a nombre ya del idealismo, ya del realismo, convertibles también, pelean por una y otra doctrina como lo hicieran dos caballeros por el color de un escudo de que sólo vió cada cual un lado, según profunda parábola de Carpenter. Para Don Quijote la buena filosofía era, como es natural, la suya, la castellana, el realismo que saca de las hazañas las facciones, que procede de dentro a fuera, centrífugo, volitivo, el que convierte los molinos en gigantes, no más insano que el que hace de los gigantes molinos, ni menos realismo que

él, ni menos que él idealista. En fin de cuenta, ni las facciones hacen hazañas ni éstas a aquéllas, como no precede el órgano a la función ni la función al órgano, sino que todo hace a todo; fluyendo incesante de la gran causa total, causa y efecto a la vez, causa-efecto o ni causa ni efecto, como se quiera, que en llegando acá todo es uno y lo mismo. Y basta de libros de caballerías metafísicas, que al buen Alonso Quijano «del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio».

El pintor que quiera, pues, pintar a Don Quijote *en buena filosofía* quijotesca, ha de sacar de sus hazañas y condición sus facciones, su color y su estatura, sirviéndose de los datos empíricos que Cide Hamete nos proporciona como de comprobantes a lo sumo. Para conseguirlo ha de descubrir el pintor su alma, siendo el medio el que inspirado por aquellas estupendas hazañas y sublime condición, desentierren de su propia alma el alma quijotesca, y si por acaso no la llevara dentro, renuncie desde luego a la empresa, guardada para otro, teniendo en cuenta aquello que dijo el mismo Don Quijote:

«Retrátame el que quisiere pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.» (P. II, cap. LIX.)

Retratar a Don Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual transparente, es hacer simbolismo pictórico en el grado de mayor concentración y fuerza, en un hombre símbolo. Y para hacer esto háse de buscar el alma del hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas.

Don Quijote vivió y vive fuera de ellas, y el pintor español digno de retratarlo puede sorprenderle vivo en las profundas honduras de su propio espíritu, si busca en él con amor y lo ahonda y escarba con contemplación persistente. Cide Hamete no hizo otra cosa que trazar la biografía de un ser vivo y real; y como hay no pocos que viven en el error de que jamás hubo tal Don Quijote, hay que tomarse el trabajo que se tomaba él en persuadir a las gentes de que hubo caballeros andantes en el mundo.

Tan luego como una ciencia analítica y anatomizadora hunde el escalpelo en la trama viva en que se entretajan y confunden la leyenda y la historia, o trata de señalar confines entre ellas y la novela y la fábula y el mito, con la vida se disipa la verdad, quedando sólo la verosimilitud, tan útil

a documentistas y cuadrilleros de toda laya. Sólo matando la vida, y la verdad verdadera con ella, se puede separar al héroe histórico del novelesco, del mítico, del fabuloso o del leyendario, y sostener que el uno existió del todo o casi del todo; el otro a medias, y el de más allá de ninguna manera; porque existir es vivir, y quien obra existe.

Existir es obrar, y Don Quijote ¿no ha obrado y obra en los espíritus tan activa y vivamente como en el suyo obraron los caballeros andantes que le habían precedido, tan activa y vivamente como tantos otros héroes, de cuya realidad histórica no falta algún Don Alvaro Tarfe que atestigüe? ¹

El alma de un pueblo se empreña del héroe venidero antes que éste brote a luz de vida, le presente como condensación de un espíritu difuso en ella, y espera su advenimiento. En cada época, se dice, surge el héroe que hace falta. Claro está; como que en cada época respira el héroe las grandes ideas de entonces, las únicas entonces grandes; siente las necesidades de su tiempo, únicas en su tiempo necesarias, y en unas y otras se

¹ El lector desmemoriado recordará que Don Álvaro Tarfe fué aquel caballero que declaró en un mesón ante el alcalde de un pueblo y el escribano cómo Don Quijote de la Mancha, el que tenía presente, no era el que andaba impreso en el libro de Avellaneda. (V. parte II, cap. LXII).

empapa. Y todo otro héroe que el que hace falta, acabaría en la miseria o el desprecio, en la galera o la casa de orates, en el cadalso tal vez.

No es el héroe otra cosa que el alma colectiva individualizada, el que por sentir más al unísono con el pueblo, siente de un modo más personal; el prototipo y resultante, el nodo espiritual del pueblo. Y no puede decirse que guíen a éste, sino que son su conciencia y el verbo de sus aspiraciones.

El héroe, presentado en preñez augusta, es muchas veces harto sublime para vestir carne mortal, o sobrado estrecho el ámbito que haya de recibirle, brota entonces ideal, leyendario o novelesco, no de vientre de mujer, sino de fantasía de varón. Héroes son éstos que viven y pelean y guían a los pueblos a la lucha, y en ella los sostienen, no menos reales y vivos que los de carne y hueso, tangibles y perecederos. El gran Capitán, o Francisco Pizarro o Hernán Cortés, llevaron a sus soldados a la victoria, pero no es menos cierto que Don Quijote ha sostenido los ánimos de esforzados luchadores, infundiéndoles brío y fe, consuelo en la derrota, moderación en el triunfo. Con nosotros vive y en nosotros alienta; momentos hay en la vida en que se le ve surgir caballero en su Rocinante, viniendo a ayudar,

como Santiago, a los que le invocan. Obrar es existir y ¡cuántos vivientes carnales, aprisionados en el estrecho *hoy*, obran menos que el sublime loco en que renació glorioso Alonso Quijano al perder, secándosele el cerebro, el juicio! Cuando volvamos a la tierra, de que salimos, ¿quedará de nosotros mucho más que de Don Quijote queda? ¿Qué queda de Cide Hamete su biógrafo? El mundo pasajero y contingente va produciendo el permanente y necesario de nuestro espíritu, es su mayor realidad ésta; la historia toda es la idealización de lo real por la realización del ideal. ¿Hizo Homero a Aquiles, o éste a aquél?

«Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta: porque, ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro que no fué verdad lo de la Infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno? que voto a tal que es tanta verdad como es ahora de día; y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doces Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra...» (Parte I, cap. XLIX).

Tenía razón en esto Don Quijote, y los que motejándole de loco de remate le apedrean al verle

enjaulado, pecan de quijotismo más de siete veces al día; porque, ¿quién de esos censores no aplica a cada paso la máxima oculta del quijotismo: es hermoso, luego es verdad? ¹

Personajes novelescos hay que no pasan de *homúnculos*, por brotar de la fantasía virgen de su autor; pero otros son hijos de verdadera generación sexuada, de una fantasía fecundada y hecha madre por el alma de un pueblo. El héroe leyendario y novelesco, son, como el histórico, individualización del alma de un pueblo, y como quiera que obran, existen. Del alma castellana brotó Don Quijote, vivo como ella.

Sumergiéndose con recojido espíritu en el alma quijotesca, es como mejor el pintor llegará a la visión del sublime hidalgo, sacando *en buena Filosofía*, de la condición de aquélla, las facciones, el color y la estatura del cuerpo en que se encarnó.

¹ Apenas hay Sancho Panza, de esos que están, aunque a medias, en el secreto de la locura de su amo, que no infiera quijotesca de lo que se le antoja funestas consecuencias de una doctrina, la falsedad de ésta, presuponiendo que sólo lo no funesto es verdadero.

Mas también vió Cide Hamete, por su parte, a su héroe, en tejido visible, con facciones, color y estatura, y lo vió con visión prodigiosa, que es lo que da singular importancia a los pasajes que van a la cabeza de este ensayo. Porque sucede a las veces que un revelador de un héroe no ve bien la figura de éste, por falta tal vez de genialidad visiva. Así, Shakespeare, en la escena II del acto V del *Hamlet*, cuando luchan éste y Laertes, hace decir a la reina que está aquél gordo y es escaso de aliento, ofreciéndole el pañuelo para que se enjague la frente:

He's fat, and scant of breath
Here, Hamlet, take napkin, rub thy brows.

¿Y quién se representa ni pinta a Hamlet gordo? ¿Qué más? ¿Quién reconocería a Sancho si se le pintase con largas zancas? Y sin embargo, cuenta Cervantes que entre las pinturas que adornaban el manuscrito de Cide Hamete Benengeli retrataba una la batalla de Don Quijote con el

¹ Ciertamente es que la buena filosofía no era para Shakespeare la de Don Quijote, pues en *Macbeth* hace decir al Rey que no hay modo de descubrir la condición del espíritu por el rostro:

There's no art
To find the mind's construction in the face.

(*Macbeth*, act. 1, escena iv.)

vizcaíno, y a los pies de Panza decía: *Sancho Zancas*, porque

«... debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia» (P. 1, capítulo IX).

Mas Cide Hamete debió de ver bien a Don Quijote, por una parte, y por otra debió de ser la figura de éste no borrosa ni ambigua, sino la única posible para su alma, porque tan compenetrado estaba con su espíritu su semblante, que no fuera menester, si hoy resurgiera a vida, que ningún D. Antonio Moreno le pusiera rótulo a las espaldas.

Todos, al ver ciertos rostros, decimos: ¡Cómo se parece a Don Quijote! Y por apodo llevan este nombre no pocos, tan sólo por su continente corporal, no por su contenido espiritual.

La figura de Don Quijote debió de ser de las que una vez vistas no se despintan jamás, y su biógrafo la vió con toda realidad.

Lo que más impresionó a Cide Hamete en la figura de Don Quijote fué su tristeza, revelación

y signo, sin duda, de la honda tristeza de su alma seria, abismáticamente seria, triste y escueta como los pelados páramos manchegos, también de tristísima y augusta solemnidad, tristeza reposada y de severo continente. Sancho le bautizó con el nombre de «Caballero de la Triste Figura» (pasaje II). Roque Guinart le halló «con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la tristeza» (pasaje XVI), y cuantos con él topaban admirábanse y se espantaban de lo triste de su extraña catadura, bien así como vislumbrando a su través aquel espíritu inmenso empeñado en moldear a sí el mundo. Aquel Cristo castellano fué triste hasta su muerte hermosísima.

Los rasgos mismos de su fisonomía son melancólicos; caídos los bigotes, la nariz aguileña, seco y avellanado el rostro.

Mas no era la suya tristeza quejumbrosa y plañidera, de las de rostro pálido y melenas en ordenado desorden, tristeza, tísica de egoísmo sentimental, sino que era tristeza de luchador resignado a su suerte, de los que buscan quebrar el azote del Señor besándole la mano; era una seriedad levantada sobre lo alegre y lo triste, que en ella se confunden, no infantil optimismo ni pesimismo senil, sino tristeza henchida de robusta resignación y simplicidad de vida.

Tristísimo era el aspecto del Caballero de la Triste Figura, hasta tal punto que Sancho llamó a ésta *mala* (pasaje II), y que la desenvuelta doncella Altisidora, al desahogar su despecho tratándole de malandrín mostrenco, quería no ver delante de sus ojos, «no ya su triste figura, sino su fea y abominable catadura» (cap. LXX de la segunda parte). Lo cual nos lleva como de la mano a preguntar: ¿era el Caballero de la Triste Figura feo?

«... No puedo pensar—le decía Sancho—qué es lo que vió esta doncella en vuestra merced, que así le rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas o todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar: y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

»Advierte, Sancho—respondió Don Quijote—, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo;